



entreUnos

LO SINGULAR

Bautismos, recorridos de lo singular de una invención que pone en marcha el tratamiento de una sobrecarga de goce y que el dispositivo busca transformar y alivianar. Invención que se orienta por la solución singular hacia nuevos modos de nacimiento del sujeto y donde el lazo con un Otro “a medida” se haga posible.

Bordear el nombre

La nominación en la clínica del autismo

Gustavo Slatopolsky

La redacción de este trabajo persigue dos niveles de lectura. El primero es una apuesta por una cronología, no sin su lógica. Lo extenso del mismo— y su posible redundancia — es efecto de un intento de captura que permita pensar paso a paso cómo fueron teniendo lugar las transformaciones operadas. El segundo busca pensar el lugar del dispositivo de talleres en el entramado mismo de la cura en sus efectos de nominación. Nombrar en lo que sigue *cura* será cuanto menos polémico ya que este trabajo se ciñe estrictamente al trayecto de Ignacio en los talleres de la palabra y del secreto, en los que participa junto a otros niños. Mientras tanto, el niño ha cursado un análisis — en *la cigarra* también — y ha participado de otros talleres. No se tratará aquí, pues, de su participación en el dispositivo sino tan solo del trayecto en estos dos talleres.

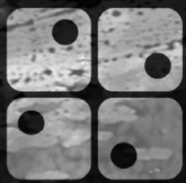
La redacción y conclusiones queda a cargo integralmente de quien escribe pero es producto de años de otros trabajos preliminares y discusiones en los que han participado otros integrantes —muchos— en distintos momentos de la reflexión.

I/Rechazo y consentimiento: hacia el Otro

a/Lo singular en el para todos

En los comienzos de su pasaje por el *taller de la palabra*¹ Ignacio presenta una posición cerrada de rechazo al Otro. Arrumbado sobre el piso en un rocking incesante, en una decisión

¹ En el *taller de la palabra* el coordinador convoca a cada participante a decir una palabra o frase que queda escrita en un casillero con su nombre. Luego se leen en voz alta sin decir a quién pertenecen y



que lo deja por fuera de la ronda con los otros, no acusa recibo de la invitación por parte del coordinador a decir su palabra. Aún así, el coordinador no deja de convocarlo en cada vuelta del juego y al cabo de un largo tiempo Ignacio responderá: detendrá su rocking, se incorporará y se acercará al cuaderno para escribir en su casillero su nombre. Ha dado comienzo un trabajo que lo absorberá por años, siempre igual.

Ignacio, a diferencia de sus compañeros, no dice su palabra, la escribe. Su palabra escrita es IGNACIO, su nombre. Un nombre que solo soporta ser escrito condenando al sujeto a un mutismo hermético². De todas maneras, es notable la producción de este objeto³ que le permite salir del aislamiento y entrar en un circuito novedoso de intercambio con el otro. En el mismo movimiento, escribir su nombre pone al trabajo un goce sin fisuras ya que, en el intento de escribir IGNACIO, su nombre puede colmar una hoja entera o incluso desbordarla. Aquí interviene el coordinador: le arma un recuadro al modo de un marco donde alojar aquello que busca ser escrito. Así, cuando las letras IGNA – primeras cuatro letras del nombre – hayan ocupado todo el recuadro, el coordinador sancionará que ya no queda más lugar e Ignacio deberá esperar su próximo turno para, en el siguiente recuadro, volver a intentar escribirlo. De este modo, el trabajo de una suerte de negativización⁴ del goce, de una reducción del mismo que irrumpe arrastrado en su nombre mismo, se jugará en lo real del

el juego consiste en recordar quien ha sido el autor. Quien acierte gana un punto que se anota en el pizarrón.

² El mutismo puede ponerse a la cuenta de la tesis de J.C. Maleval según la cual frente a la imposibilidad de la incorporación de la voz como alteridad, el goce no alcanza a ser extraído de la palabra produciendo en el sujeto la vivencia de una mutilación al momento de la emisión.

Maleval, J.C., *L'autiste et sa voix*, France, Seuil, "Champ Freudian", 2009 pg.78-82

Laurent, E. *La bataille de l'autisme*, Paris, Navarin. Le Champ Freudian, 2012, pg.42-43 . (Se encuentra un comentario de la referida tesis).

³ Se trata aquí de un más acá de la marca que, a la vez que testimonia de la imposibilidad de instituirse en el rasgo, le permite utilizar su nombre escrito como un objeto *a la mano*.

⁴ Laurent, E, *op.cit.*, pg 68: se trata de "producir una negatividad"

tamaño del recuadro y en el esfuerzo del niño de ir reduciendo la letra a lo largo de los años. Ese será su trabajo: reducir el tamaño de su letra conforme al espacio demarcado para que pueda quedar escrito su nombre completo. El andamiaje de lo Otro soportable como entrada mínima de un orden de cesión pasará a jugarse en el consentimiento a adaptar el tamaño de la letra al espacio del recuadro propuesto por el coordinador: un nombre *a la medida* del Otro.

b/ Sísifo se da un respiro

Hasta aquí el trabajo de reducción que tiene por efecto la salida de su aislamiento se da por entero en un trabajo por fuera del campo del sentido.

IGNACIO no es leído en la significación de su nombre sino en los términos de un goce al que es necesario operar una extracción⁵ para que pueda entrar en el espacio de la hoja, en los márgenes del Otro.

Durante años esto funcionó a tal punto sin variación que nos preguntábamos –algo decepcionados - si debíamos reconocer en este hacer repetitivo todo lo posible en el sujeto⁶. Había comenzado a pronunciar algunas sílabas cuando se le pedía su palabra (ahora las decía sin necesidad de escribirlas) y, especialmente en el *taller del secreto*⁷, la sílaba TO!!, al ser interrogado en torno al destino de su secreto.

⁵ *Ibid.*, pg 68. (Expone allí la tesis desarrollada J.A.Miller en “La maitrice du traitement de l’enfant au loup”).

⁶ Extraer una y otra vez en un hacer idéntico se revelaba eficaz en la modulación del goce: había cesado el rocking, podía sentarse en la ronda con los otros y consentía en pasar cada vez que se lo convocaba. ¿Sería posible algún orden de escritura que permitiese desde allí pasar a otra cosa?

⁷ En el *taller del secreto* cada participante se acerca al coordinador a decirle una palabra o frase al oído, en secreto, sin que nadie pueda oírla y éste la escribe en el casillero de la hoja reservado a cada integrante del taller. Frente a imposibilidad de recortar un objeto separado del Otro, el *taller del secreto* hace lugar a la escritura de algo propio velado a la mirada y a la escucha. Una vez que todos han pasado a *depositar* su secreto se pasa al tiempo dos, en el que el coordinador preguntará a cada uno si desea que su secreto se lea en voz alta –sin decir a quién pertenece - o quede en secreto; es el

La sílaba TO! merece mención aparte en función de su lugar y lo que trae aparejado. Aún en la época del rocking, cuando al ser convocado a decir un secreto se encontraba por respuesta el incesante movimiento corporal repetitivo como modalidad de rechazo, en el tiempo dos, al ser interrogado acerca de si quería que su secreto se leyese en voz alta o permaneciese en secreto, su respuesta era enfática: TO!; más tarde, É!- TÓ! (últimas dos y tres letras de la palabra SECRETO, pronunciado respetando la cadencia bisilábica de las dos últimas sílabas de la palabra). Es decir, establecía su decisión en que su secreto quedara en secreto ¡pero no había pasado a decir ninguno!⁸

No contaba con ningún objeto pasible de sustraer al Otro en un secreto pero era enfático en el tiempo dos: despertaba en él como un primer signo de algo vital en la posibilidad ofertada en el taller de restar *eso* al Otro. El rechazo del Otro en el que se encontraba sumergido, y que le impedía responder en el tiempo uno, encuentra su límite en la decisión del sujeto de mantenerlo É!TÓ! Así, el T2 inscribe el T1 – produce un objeto restado sin existencia anterior – que lo rescata del letargo al que lo condenaba la imposibilidad de un espacio ahuecado que alojase la porción de goce de viviente.⁹

tiempo de la elección. Apelación al sujeto en el que debe decidir si prefiere hacer de su enunciado un estado público o por el contrario sustraerlo a todo conocimiento de los otros. El juego concluye debiendo adivinar a quién pertenecen los secretos autorizados a tomar estado público, que el coordinador pasa a leer en voz alta.

⁸ No pasa inadvertido el carácter arbitrario de considerarlo *significando* “secreto”. En dicha arbitrariedad reposa el reconocimiento del Otro que hace del grito llamada.

⁹ Como si esa “nada” de secreto (el momento del letargo) quedase enmarcada, circunscripta, en su decisión de pronunciar “É!TÓ!” y pasase a ser contable a partir del hecho de haber constituido un borde, a la manera del cero contable que se cuenta como uno, en su diferencia con el cero absoluto (Frege). (*A la manera*, es decir, salvando las distancias que implican que ese enmarcamiento no alcanza para constituir vacío aunque sin lugar a dudas su bordeamiento está en el origen del cambio de posición del sujeto. De allí, la dimensión de acto que alcanza).

Tiempo después atravesará la posición de rechazo original y tomará la decisión de pasar a *escribir* su secreto¹⁰, que al igual que en el taller de la palabra, será la palabra IGNACIO. Dicha palabra, finalmente cedida en el espacio de la hoja recortado a su secreto, permanecerá condenada a permanecer É!-TÓ! por años.

Un día pasa como todos los días a escribir la palabra IGNACIO. Una vez concluida, mientras mira las letras escritas se le escucha decir “¡ahí está!”, que señala la conformidad, el encuentro con lo buscado. La palabra IGNACIO por primera vez *escribía* lo que anticipaba ser escrito. En este sentido este IGNACIO hace diferencia de esa “pure reitération”¹¹; se constituye como acontecimiento que opera como escrito en la producción de un agujero puntual en el que el sujeto inscribe una suerte de marca pasible de ser recuperada, que habilita por un instante el lugar de una enunciación. Si antes era arrastrado por el goce compacto de un nombre que en su desborde no permitía en el sujeto un momento de paz, ahora es posible una escansión lógica:

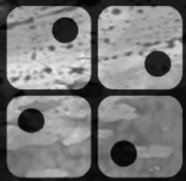
- a) la palabra IGNACIO como presencia del Uno que no cesa
- b) Se establece una separación que permite cierto orden de *encuentro* por vez primera entre lo escrito y lo buscado. Ignacio no queda arrastrado en el empuje del nombre y esto queda sancionado en el acontecimiento sujeto: ahí está.

c/El consentimiento de una alienación particular

Esto mismo puede a su vez pensarse en la diferencia que inscribe la lengua francesa en las dos categorías de “nada”: le *neant* y le *rien*. Autores de la Escuela Inglesa (F. Tustin) sitúan en el autismo una caída en “le neant”- una nada sin bordes, “agujero negro”- mientras que “le rien” articula ya la posibilidad de la cuenta: “il n’y a rien”.

¹⁰ No lo dirá al oído del coordinador. Lo escribe en el casillero que se le armará en el que depositará su secreto.

¹¹ Reiteración del Uno, según la clave de lectura que extrae E. Laurent para dar cuenta del fenómeno en términos de iteración, que retoma de Miller en Laurent, E., *La bataille...op. cit.*, p.88.



La pacificación en torno al nombre le permitirá en el taller de la palabra hacer propia una palabra que pertenece a otro niño. Esta novedad en la alienación conlleva la particularidad de que el significante que toma de su compañero es aquel que opera como índice de presencia real en la cadena para aquel niño y que enloquece al mismo.

Aquello que insinúa un orden de consentimiento a una alienación en un primer significante que lo identifica a un semejante¹², lejos de promover un apaciguamiento en el sujeto lo dispara en una metonimia maníaca. Ignacio es ahora arrastrado en una risa alocada por el significante en lo real con consecuencias que se demostrarán fundamentales. Así, transcurrido un mes desde el arribo de esta nueva posición, concurre al *taller del secreto* con una mano vendada por estar lastimada. Un analista del taller busca inscribir la presencia del cuerpo afectado y dice como secreto “se lastimó la mano”.

Al momento de dar a escuchar los secretos autorizados, el coordinador interroga por el autor de dicho secreto:

Ignacio levanta su mano lastimada, vendada y dice “yo”. El reconocimiento en un cuerpo afectado, lastimado, da lugar al yo alienado en una frase que le viene del Otro y hace propia¹³.

Una semana después, también en el *taller del secreto*, otro analista hace propio el significante en lo real que Ignacio suele nombrar y lo deposita como su propio secreto. El coordinador pregunta:

- ¿Quién dijo la palabra x?

Ignacio responderá como si hubiese sido él quien la ha dicho, nombrándose por primera vez GNA! CIO!

¹² Identificación que astilla el campo especular en el movimiento mismo que lo identifica al tomar del otro el significante en lo real que realiza lo inhumano en el grito de un pájaro. Parecería más correcto entonces ubicarlo como *realización*.

¹³ La pregunta “¿quién se lastimó la mano?” parece encontrar la palabra precisa que erige el espejo desde un significante soportable desde el cual reconocerse. Figura la localización en el espejo cóncavo según el modelo óptico desarrollado por Lacan, que permite la constitución de una imagen real.

d/La novedad de la significación

Interrogado por su palabra, responderá “*anána*”. El coordinador repite en voz alta “*anána*” tal y como fue dicha sin preocuparse por el sentido y se dispone a anotarla en el casillero vacío del niño. Claramente enojado, Ignacio se dirige al pizarrón y dibuja una *banana*; la señala con su dedo y dice: *anána*¹⁴. Por primera vez la significación que le vuelve del otro en relación al significante pronunciado no le resulta indiferente en dirección al referente que denota; busca ahora producir un ajuste, inscribir una significación en el Otro. Se ubica aquí la entrada en la comunicación con la soldadura de la imagen acústica a la referencia que relanza una novedosa relación al otro marcada por el uso del *signo*¹⁵. A partir de ahora, arriesgamos, Ignacio *quiere* decir algo y ese anhelo lo atará a un Otro donde deberá inscribir la significación de su querer; Otro con el que hasta ahora se las había arreglado a través de maniobras en lo real habitando un espacio sin significaciones. Dirigirse al Otro como lugar es como la caja de Pandora: ¿a qué daría lugar?

Alcanzada esta posición, por primera vez después de años, escribe en su casillero algo que no es su nombre: “*todos los dais*” (presumiblemente “*todos los días*”). Ahora bien, lo sustantivo aquí es que mientras lo escribe, dice, *se dice*, se lo escucha decirse, *ordenarse*

¹⁴ Un fenómeno similar suele acontecer cuando en el acceso al habla, un niño pronuncia mal el significante correspondiente a determinado referente pero no soporta que el Otro “juegue” nombrándolo como él lo hace. En ese lugar *escucha* aquello que cuando es dicho por él mismo no tiene consecuencias.

¹⁵ El acceso al signo como posibilidad y modo singular de habitar el lenguaje encuentra un acuerdo extendido en diferentes posiciones del psicoanálisis a partir de la lectura que se extrae de Lacan: Maleval, JC, *op. cit.*, pg.102-103; 180-193 (“asimilación de signos/Otro de síntesis”).

Rey-Flaud, H, *Les enfants de l'indicible peur*, France, Aubier, 2010, pg.19-23 (pasaje “d’empreintes en images”). Amigo, S, *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*, Rosario, HomoSapiens, 2003, pg.25-33.

“¡escribí esto!” Primera emergencia que puede pescarse de una enunciación imperativa en la que el sujeto parece obedecer en posición de objeto.¹⁶

Tenemos entonces la curva que en su desarrollo abarca del mutismo al retorno imperativo como modo de habitar el lenguaje. El saldo que arroja este trayecto le ha permitido erigirse como *yo*, lo habilita en la comunicación por la vía del signo y da lugar a eventuales presencias de enunciación. Hasta aquí es posible decir que ha salido del mutismo y del aislamiento; resta pues el haber: con qué cualidad del Otro es posible este pasaje, de un lado al Otro.

II/Estatuto del Otro

a/Nacimiento del imperativo

Lo que sigue interroga la salida del mutismo en una modalidad del autismo que se presentaba cerrada, en la dirección que cobrará su modalidad de habitar el lenguaje. Se busca interrogar si la salida del encierro en el caso en cuestión permite pensar una salida en el marco de un retorno alucinatorio orientado hacia momentos de paranoización. Trataremos de responder a la pregunta a partir de la modalidad que irá tomando la transferencia en el curso del trabajo. Junto a la presencia imperativa que despunta como modalidad novedosa de habitar el lenguaje en la orden “¡escribí esto!”, hace su entrada una suerte de pasaje al acto que se repite: pegarle cada vez más fuerte a un analista participante (mujer, detalle no menor) del taller¹⁷. Esta irrupción que debe leerse como presencia de una transferencia que anuncia un

¹⁶ Más adelante se discute si se trata efectivamente de posición de objeto o de interiorización de la función del doble

¹⁷ Esto que irá cobrando ribetes cada vez más fijos, siempre con la misma analista, va de: pegarle de la nada cuando ella se encuentra sentada al lado de él; levantarse a pegarle cuando ella ha pronunciado su palabra a su turno; pegar al aire en dirección a ella; levantarse a pegarle ¡cuando algún integrante del taller *pronuncia* el nombre de ella!; y, para finalizar, encontrándose explícitamente prohibido pegarle, espera hasta la finalización del taller, se levanta *simulando* ir hacia la puerta para retirarse, gira de repente, le pega y sale corriendo.

cambio en el estatuto del Otro¹⁸ se presenta sin texto. Acto mudo en el que parece quedar el sujeto del lado del objeto, en las antípodas de aquel momento donde busca inscribir una significación. Pero sin texto ¿hacia dónde promover un trabajo que no fuese solo la interdicción?

Una primera respuesta fue comenzar a sancionar el acto con la pérdida de un punto. Si pegaba se le tachaba el punto que había conseguido cruzando una raya horizontal sobre la marca vertical anotada en el pizarrón; si no contaba con ninguno, se le anotaba uno para tacharlo inmediatamente después. Su primera respuesta era gritar “¡no, no!”; acto seguido pasaba al pizarrón y volvía a escribir el punto. Con el tiempo, la anticipación de saber que su punto sería tachado le permitía detener el acto¹⁹.

Una contingencia abriría ahora un nuevo interrogante: la analista en cuestión dejaría de trabajar en *la cigarra*: ¿hacia dónde drenaría el goce tan fijamente localizado? Primera respuesta: hacia ningún lado. Ella se fue, nada pasó. La pregunta orientada por una axiomática económica se revelaba débil como respuesta.

Para esa misma época, la modalidad imperativa irrumpe además en la orden de copiar lo dicho cuando el coordinador lo interroga sobre su palabra, y en dirección de hacer callar a sus compañeros. En síntesis, se recorta de esta nueva etapa signada por cierto asentimiento al lugar del Otro, la presencia del imperativo cayendo sobre sí [¡escribí esto!], sobre el coordinador [¡copiá!], sobre los otros [¡cerrá el pico!] junto a la irrupción muda del pegar.

b/Un borde habitable hecho con su nombre

¹⁸ O del agotamiento de la solución alcanzada. La cuestión no es menor: ¿es el estatuto del Otro lo que varía o caída la solución irrumpe la cualidad del Otro que imponía la maniobra del aislamiento?

¹⁹ En la actualidad— muchos años después de esto — es notable la incidencia en el goce que esto ha abierto. Ignacio se divierte pidiendo que se le tache puntos a sus compañeros y, más se divierte aún, demandando ¡que se le tachen puntos a él mismo!

Ignacio se encuentra escribiendo en su casillero la palabra IGNACIO como tantas veces hace tantos años y mientras lo escribe va leyendo en voz alta. La sorpresa es que donde queda escrito IGNACIO lee en voz alta “Nacho”. Lo que se lee hace diferencia con aquello que ha sido escrito produciendo un primer desplazamiento:

IGNACIO → Nacho.

En otra ocasión, tratando de *deducir* al autor de un secreto razona en voz alta mientras señala a los compañeros que nombra:

-Nacho *no* dijo, Pablo *no* dijo.. ¡él!- concluye, al tiempo que señala al responsable.

De esta manera hace entrada un modo operatorio de pensamiento conclusivo al modo de una operación deductiva cuya singularidad es hacer presente la negación para producir una implicación lógica: *si no x entonces y*²⁰, ocupando el lugar de la primera “no x” su propio nombre o para ser más precisos, el modo en que ha decidido comenzar a *nombrarse*.

Más adelante, consultado por su palabra, propone *Nacho*. No se trata ya de la diferencia entre lo que se escribe y lo que se lee sino de la decisión de nombrar directamente *Nacho* para que sea el coordinador quién la escriba en el casillero del niño. De aquí en más, cuando el coordinador lo convoque por su viejo nombre, éste lo corregirá de inmediato de manera terminante:

-¡Ignacio no!, *Nacho*.

Se comienza a leer con precisión el movimiento que instituye el desplazamiento metonímico al operar una cesión puntual del goce que habilita otra disposición de lo real. Dicho movimiento hace propia la tachadura del punto que ahora cae sobre su nombre en una

²⁰ Sin perder de vista que dicha formulación lógica no se desprende de la presencia real de los elementos en juego, es decir, sin alcanzar una formulación simbólica propiamente dicha. En rigor, una mayor disposición de aquello que ya operaba de forma primitiva en la tachadura del punto. Si esto lo detenía, era en los términos de: “si pego a x me tachan un punto” y su reverso (que es el que aquí interesa): “si *no* pego (entonces) conservo el punto”.

complejización que prescinde de la imagen gráfica del pizarrón y que permite alcanzar una posición nueva sostenida en la palabra *no*. Cesión que da cuenta del estatuto de agujero posible encarnado en el casillero vacío ofertado por el taller, en el que alcanza a ser depositado el Uno de la pura reiteración en el desplazamiento del nombre al apodo que surge como cicatriz de un objeto (nunca) perdido (pero paradójicamente cedido).²¹

c/Extracción puntual de la mirada

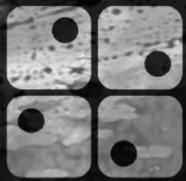
En el mismo taller, estando un analista participante (mujer) a su lado conversando con otra (mujer), Nacho hace el gesto de pegar hacia ella y grita “¡callate!”. Se lo interroga acerca de quién debería callarse:

-“*a la mujer*” - responde; luego dirá “*a las chicas*”. Junto a la precisión alcanzada - que se calle “*a la mujer*”- retorna para quedarse luego de aproximadamente un año de ausencia la intención y el gesto de ir a pegarle, ahora, a otra mujer a la que ha llamado al orden dando nacimiento, si no al texto, al menos a un primer nombre de ese Otro intrusivo que otrora no estaba – o la solución alcanzada mantenía a raya - y que permite concebir aquel primer pasaje al acto como intento de acallar el rumor de la lengua²² encarnado en estas mujeres.

Inmediatamente después de la localización que nombra y enmarca el pasaje al acto como intento de acallar el ruido intrusivo, *Nacho* autoriza a que se dé a conocer su secreto. Durante más de cinco años consecutivos su posición se ciñó a dejar É!-TO! o directamente SE-CRÉ-

²¹ “Se trata de obtener la extracción del objeto clave de la constitución del espacio en el que se desplazan. Los cuerpos de ciertos autistas pueden estar atravesados de frases jaculatorias o estereotipos de escritura. Resulta imposible al sujeto autista desembarazarse de los mismos sin intentar introducir un agujero en un mundo real en el que no falta nada”/Laurent E., *op.cit*, p.104, traducción personal.

²² “La dimensión alucinatoria –en el autismo- no es aquella del retorno de un significante en lo real. Se trata más bien de la imposible separación con el ruido de la lengua como real insoportable”. *Ibid.*, P.77. Aquí parece coincidir con la posición de Maleval. Ver en *L'autiste...., op. cit.*, p. 231-232.



TO! – ya decía la palabra correctamente – su palabra en el taller. De golpe y sin que nada lo preanuncie, frente a la pregunta de rigor responde “*se lee*”. El secreto escrito es *NACHO*.

Un secreto es un espacio recortado al Otro. La estructura misma del secreto dispone el velamiento de la voz y la mirada. Su decisión de dar a ver lo que escribe da cuenta de un trabajo de extracción sobre la mirada; el dar a oír sobre el objeto voz. La extracción deducible del acto que implica su consentimiento es sostenida en la escritura del nombre que asume. Digamos entonces que la extracción se sostiene en el establecimiento de *Nacho* en el lugar de un borde que localiza de manera eficaz; que es en la cesión puntual de la voz y la mirada que *Nacho* hace lugar a la nominación localizando un menos²³ de goce en un espacio no menos real que el habitado en IGNACIO pero con el borde que ahora delimita un agujero.²⁴ Más adelante, en el momento de adivinar “quién dijo”, Nacho, que iba gritando nombres de manera alocada y despreocupado del grado de posibilidad de los mismos, se dirige al coordinador por su nombre, convocándolo. Por primera vez busca inscribir bajo su mirada el nombre posible. Lo llama y *solo cuando éste lo mira* señala a un compañero y lo nombra. Es aquí donde, extraída puntualmente la mirada plena, se hace lugar al hueco que permite el llamado a otra mirada; primer esbozo de armado pulsional en el recorrido para alcanzar una mirada que *casi* falta y por la que es preciso el bordeado para poder dar con ella. Esto, sostenido en la palabra, en el nombre del coordinador del que solicita su mirada en el lugar del asentimiento en el que inscribir lo que busca significar.

Es notable todo lo que de golpe se ha tornado posible en el movimiento de dejar caer el lastre que arrastraba su nombre para alcanzar, con un pequeño deslizamiento del nombre al apodo, aquello que sin duda es preciso situar con estatuto de nominación²⁵. Lacan habla de

²³ Miller, J.A., “La maitrice du traitement de l’enfant au loup”, citado por Laurent E., *La bataille..., op.cit.*, p. 68.

²⁴ “La nominación es la única cosa de la cual estamos seguros que eso hace agujero”. Lacan, J., Seminario XXII, Clase 15-4-75, Inédito.

²⁵ Reducción del nombre del Padre a “dar un nombre a las cosas”. Lacan, J., *op. cit.*, clase 11-3-75

“conmovedor auto-bautismo” para referirse al caso Roberto de Lefort²⁶ y aquí es posible orientarse en la misma dirección ya que en el caso mismo, es a partir de la decisión de hacerse nombrar con el nombre que inscribe en el taller que torna operatoria la posibilidad de enlazar signos haciendo uso de la negación para poder pensar y convocar la mirada de otro como presencia de un goce inédito.

El nuevo borde que se alza tornará operatorio un reservorio libidinal novedoso que lo relanzará al lazo. El pasaje de Ignacio a Nacho se sirve del código²⁷ para sellar aquello que sin alcanzar un orden de extracción en los tiempos originarios alcanza a ser depositado en el casillero. El armado de este nuevo borde opera como la llave que permite cerrar la exclusiva del hueco que soporta y contiene lo insoportable del goce del Otro que vehiculizaba su nombre. De allí el efecto sorprendente de elegir que su secreto pueda ser leído por primera vez ante los otros o solicitar enfáticamente la mirada. Asimismo parece innegable una nueva posición que se afirma al disponer de la negación para dejar en claro con qué nombre no acepta ser nombrado. Auto bautismo, pero también auto defunción: así no.

Desconocemos en el taller la trama simbólica que enlaza el nombre en la historia del sujeto. El armado del casillero en el que depositar eso que insiste va en la perspectiva de su estatuto de Uno de pura reiteración sin relación a la significación. Se oferta apenas un marco que aloje lo que irrumpe en el lugar del borde que no opera y una invitación obstinada que da cuerpo a un sujeto a la espera. El auto-bautismo que emerge con valor de acto y habilita el desplazamiento de una huella que no admite borramiento se estatuye en un hacer que se desentiende nuevamente de lo simbólico del nombre²⁸.

²⁶Lacan, J., *Los escritos técnicos de Freud*, El Seminario, Libro 1 [1953-54], Buenos Aires, Paidós, 1985, pg 162.

²⁷ “Nacho” es el apodo de uso común para el nombre Ignacio en español.

²⁸ Será mucho después de acontecida la nominación que nos enteraremos, en el contexto de unas jornadas de *la cigarra*, de la incidencia de la significación del nombre en la filiación. Esto reafirma que no se trata aquí de alguna coordenada simbólico imaginaria que orienta la intervención en el

El trayecto que va de *anána* a *Nacho* permite asir la transformación de una modalidad de lenguaje en la que se ha alcanzado un lenguaje denotativo con el que puede dirigirse a otro²⁹ en una comunicación que busca ser inequívoca, y lo que abre la letra NACHO que, aún sin tratarse de equivocar la referencia³⁰, produce un deslizamiento en el que la referencia ya no es tan fija y no necesita de la imagen. Así, *anána* es índice de comunicación mientras que *Nacho* opera la función de suplencia del agujero.

d/Del imperativo y la alucinación verbal

En el desplazamiento operado de la primera a la segunda analista participante en el gesto de ir a pegar nos enteramos que de lo que se trata es de callar *a la mujer*. Es por la vía de este hacerla callar que el viejo arrebató de ir a golpear mudo ligado a la persona o simplemente al nombre de la primera analista alcanza un texto que ahora permite su enlace con estas otras irrupciones en el taller: “cerrá el pico”, “cerrá la boca”, “¡callate!”.

El anclaje que permite la nominación alcanzada a partir de la letra puede ser considerada como la consecuencia de haber consentido algo del Otro, aún al precio de un retorno en lo real al modo de la voz. Es este retorno el que se busca silenciar intentando servirse del modo imperativo que alcanza un orden de significación precario cuando busca callar *a la mujer*.

Esta parece la consecuencia fundamental del pasaje del lenguaje denotativo a otro sostenido por el armado del borde a partir de *Nacho*: la afirmación de un lugar enunciativo será al precio de una sonorización perturbadora en lo real. Si la condición de la alucinación verbal es “la inscripción del significante unario sobre la sustancia gozante” por la cual el S1 puede

taller— aunque indudablemente se trata de un cruce — sino de pescar su lugar de iteración por fuera del campo del sentido.

²⁹ Al poder servirse del signo, en el que lo real sensorial es abordado a partir de la percepción

³⁰ Maleval resume el anhelo del sujeto autista en una fórmula de K. Nazeer: “un sentido/una palabra”, una lengua “totalmente hecha de signos”, Maleval J.C., *op.cit.*, p. 274

hacerse oír³¹, el *¡callate! ¡a la mujer!* parece testimoniar de *una suerte de S1* vociferando en lo real³².

En lo ubicado hasta aquí se precisan dos estatutos del imperativo: el primero, ligado a una función de ordenamiento (*¡escribí esto!*); el segundo, en un estatuto propiamente intrusivo que da cuenta de un ir contra el Otro (*¡callate!*).

La función de ordenamiento puede observarse mejor en una secuencia en la que, mientras Ignacio se encuentra copiando la palabra *Nacho* del pizarrón para inscribirla en su casillero, se ordena “*¡chico, copíá!*”. Asimismo, cuando el coordinador lo invita a sentarse diciéndole “sentate Nacho”, éste se deja caer en su silla mientras se ordena en voz alta “*¡sentate asiento!*”. Frases que parecen impuestas pero que le permiten ordenarse en el lenguaje; mandatos que se orientan a acomodarlo al mundo. El sujeto está comandado por Otro: es una orden, un mandato que viene del Otro, pero este Otro no es persecutorio. En ese momento el imperativo cae sobre él pero no de una manera intrusiva sino ordenándolo en lo que llamaríamos un esfuerzo de normativización. Se trata de una orden que lo ordena. Esta suerte de GPS en la relación al Otro parece orientada por una interiorización de la función del doble que le permite prescindir de la presencia del doble en lo real. En ese sentido, no se trataría de habitar el lenguaje en la égida del deseo sino de la normatización en la modalidad propiamente autista que propone Maleval. Por el contrario, la otra presencia imperativa hace

³¹ Maleval, JC., “Autismo, enunciación y alucinaciones” en *Psicoanálisis con niños y adolescentes 2*, Buenos Aires, Grama ediciones. p 74.

³² Con “*una suerte*” de S1 volvemos a toparnos aquí con el movimiento que va de “rumor de la lengua” a “alucinación verbal”.

En el texto de E. Laurent antes citado se establece con precisión el retorno en las psicosis en el orden del mensaje a diferencia del autismo. No se plantea en nuestro trabajo un claro anclaje que opere el retorno al modo de la certeza de un cuerpo astillado que se transforma a instancias de una voluntad maligna o de una proferación injuriante que hace oír desde el exterior lo rechazado en lo simbólico pero es innegable una suerte de movimiento que se produce a partir de haber anclado un yo en una imagen real con “oleadas” difusas que busca acallar y que no alcanzan el estatuto de certeza.

presente una vertiente altamente intrusiva que produce un desajuste a la solución alcanzada. Como si cabalgase entre solución autista e irrupción paranoizante.

Si ponemos en consideración ahora la hipótesis de J.C. Maleval en “L’autiste et sa voix” según la cual “Lo que es característico de la lengua del autista no es tanto ser pobre sino el rechazo del sujeto a aislar significantes-amos” y “... ya que ni la identificación primordial, ni los significantes-amos están asumidos parece inherente a la estructura autista el no permitir la producción de voces alucinatorias”³³ y lo confrontamos con el caso en cuestión. ¿Podemos inferir la presencia de alucinación verbal por la respuesta de Ignacio “*que se calle la mujer*”? ¿Es esto suficiente para indicar que de lo que allí se trata es de una alucinación auditiva?

Mientras que el imperativo que organiza puede ser pensado como proveniente del doble, la otra dimensión ya no se presenta de manera apacible. La respuesta de Ignacio a la irrupción en el pasaje al acto permite sostener el interrogante acerca de un real en conexión con el registro simbólico. De allí que la respuesta pase por un ir directamente contra el Otro para *que se calle la mujer* en lugar de las respuestas tipo verificadas para el autismo (el grito en lo real, intervención directa sobre los agujeros del cuerpo como taparse los oídos).

En síntesis, es posible concebir Nacho en un doble estatuto: en su función de letra que hace borde, vivificando al sujeto al precio de una sonorización alucinatoria y, en su carácter de doble interiorizado, cuya voz reverbera al interior del sujeto como eco virtualmente *escuchado* pero no con la pertinencia de la alucinación verbal que quiere, pide, exige algo del sujeto (según la precisa diferenciación de Maleval)³⁴.

Addenda

³³ Maleval J.C., *op. cit.*, p.75

³⁴ No se nos escapa que, ciertamente, lo que no tenemos es el texto *de* la voz, aquello que *le* dice -si es que *eso* dice algo o tan solo se trate de ruido que no alcance una sintaxis.

Una cifra en el agujero de la mujer³⁵

En los talleres de palabra y secreto Ignacio ya no escribe su nombre. Ni *Ignacio* ni *Nacho*. Adiós Sísifo, algo parece haber cesado de no escribirse. Esto pone a disposición una libido de la que hace uso cada vez para anotar en el lugar de su palabra los nombres de sus compañeros ausentes³⁶.

Un uso masivo del número parece inscribir una nueva y productiva modalidad de la defensa una vez alcanzada la pacificación en el nombre. En el *taller del secreto*, al iniciar la cuenta el coordinador para dejar el secreto en secreto³⁷, Nacho vuelve a repetir la serie numérica – “1,2,3” –pero para establecer una correspondencia a cada número con un participante del taller; así a cada número le corresponde un objeto en el espacio. Esta parece ser su manera de ajustar lo equívoco propio de lo simbólico a la referencia, aun cuando se trate del número cuya referencia a cualquier sentido vendría a quedar eclipsado.

En lo que sigue vale subrayar un estatuto diferente del número en la producción de un objeto novedoso con el que maniobra frente a la irrupción de la falla en lo simbólico.

El coordinador anuncia que se le tachará un punto a Nacho por haber hecho algo no permitido en el taller, a lo que éste responde con un enfático *¡no!* mientras su cuerpo se conmueve agitado; el coordinador cae en la cuenta que se ha equivocado de nombre – es a otro niño a quien corresponde sacarle el punto – y para graficarlo se toma la cabeza: - *me equivoqué*, reconoce. Inmediatamente Nacho se levanta y escribe en el pizarrón la cifra 2007; vuelve y se sienta tranquilo.

A veces el coordinador ofrece una pista para adivinar a quién podría corresponder el secreto que acaba de leer en voz alta. La pista es siempre la misma: se indica si se trata de un secreto propuesto por un hombre o una *mujer*. Al principio en Nacho esto no permitía ninguna

³⁵ Trabajo presentado en las Jornadas de *la cigarra* y hospital de día de adultos 2013

³⁶ “no vino x” suele enmarcar las ausencias significativas para él.

³⁷ “1,2,3, quedó en secreto!”

partición entre los presentes que lo ayudara a adivinar³⁸; más tarde, cuando la palabra *pista* ya inscriba para él que lo que sigue es que se tratará de hombres o de mujeres, se opondrá vehementemente:

N: -¡*Pista no! ¡no, no, no!*

C:- *lo dijo una mujer*

N:- *¡2004!*

Otro día:

C: -¿*Pista?*

N:- *¡No! ¡No! ¡No!*

C: -**no** es hombre

N: -*¡Es 2004!*

Si se pone en relación con lo trabajado los años anteriores, en los que Nacho quedaba arrojado al pasaje al acto en la irrupción de la voz/rumor de la lengua cuyo texto no se extrae pero que alcanza una formulación precisa—*que se calle a la mujer*—, es posible concluir que la irrupción de la falla en lo simbólico ya no parece hacerse presente con la modalidad de lo auditivo. A la vez indica la cercanía de estructura de dicha falla y lo femenino. La diferencia que irrumpe como un terremoto inabordable - ¿es de eso de lo que se trata? — ha encontrado una solución: si **no** es hombre, **es** 2004.

La constitución de esta modalidad conclusiva que ya no derrumba el universo cerrado de lo simbólico permite leer con precisión la maniobra alcanzada: tener a disposición un objeto real que se incluye *como si fuese* un elemento de lo simbólico; el ordenamiento de los signos no se derrumba, no irrumpe el ruido del lenguaje; 2004 era la pieza que faltaba para dar

³⁸ Si se proponía “el secreto fue dicho por una mujer”, señalaba indistintamente hombres y mujeres con la particularidad que a las mujeres, al señalarlas, si no recordaba su nombre, las nombraba “este”. El denotativo no inscribía diferencia por género

cuerpo a la implicación lógica³⁹; la sintaxis se sostiene en una pura implicación sin relación a la semántica. 2004 ¿es *sinthome*?

Se verifica aquí que lo propio del autismo sería una maniobra frente a la irrupción de la falla en el Otro – la equivocidad propia del lenguaje – para sostener un universo inmutable. Lo crucial aquí es el aspecto de la transferencia que enseña su maniobra: cuando el analista hace caer la barra sobre sí – “*me equivoqué*” – la dimensión que se abre debe ser localizada con la cifra por fuera del sentido; es decir, la barra sobre el Otro no solo no produce alivio sino que abre un espacio sin lugar para el sujeto^{40 41}. Lo que sí en cambio produce alivio es *eso* que ha construido en la transferencia para colocar allí y retornar a un universo inmutable. Esto abre dos posiciones diferentes para el analista en la transferencia según se trate de psicosis o de autismo.

En esto parece verificarse la hipótesis sostenida por Rey-Flaud: lo propio del autismo sería una relación al Otro signada entre ser y nada (*neant*)⁴², mientras que lo propio de la psicosis se cerniría en la imposibilidad de extraer la Cosa para alcanzar la dimensión propia del significante.

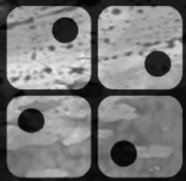
Si pensamos que lo crucial aquí es la irrupción de un espacio topológico que *traga* su existencia, la solución alcanzada en la maniobra a partir de la cifra le confiere carácter de invención que signa su modo singular de restablecer un simbólico inequívoco en el que la existencia del sujeto no sea puesta en cuestión.

³⁹ “Todo no-S es P”. A distancia de Aristóteles (que niega el predicado), a años luz del no-todo de Lacan.

⁴⁰ “*Gran agujero negro*”, Tustin, F., *Autisme et psychose de l'enfant*, Paris. Seuil, Points, 1977, p.33.

⁴¹ “Allí donde la palabra desfallece, la cosa no es”. Cita del poeta Stephan George en Rey-Flaud H, *Les enfants...*, *op. cit.*, p.155, traducción personal.

⁴² Terror a la nadificación/terror sin nombre. D. Williams tenía el sentimiento de ser engullida dejando de ser ella misma en lo indefinido de los signos



entreUnos.

La cifra que se constituye en el lugar de un nuevo borde tiene un alcance y efecto más limitado que la constitución de la letra antes comentada. Si *Nacho* opera una vivificación sorprendente como borde que localiza, la cifra en cuestión opera un objeto-a-la-mano para asegurar algún orden de agujero cuando la falla en el Otro hace tambalear un Universo de enunciados puros. Pero es más fijo, una solución casi automática. Casi un síntoma; ¿casi?

slatopo@gmail.com

Un nombre vacante

Laura D'Agostino

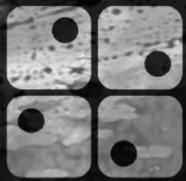
Ignacio tiene 5 años cuando inicia su tratamiento en *la cigarra*, presentándose con una importante detención en el proceso de subjetivación y conductas oscilantes que van desde el *rocking* hasta permanecer desparramado comiendo basura en los rincones de la institución.

El nacimiento de Ignacio se produce bajo coordenadas de rechazo y maltrato que tuvieron lugar en el momento del parto en un hospital público de Buenos Aires y, según relata la madre, estuvo estigmatizado por su condición de inmigrante. El fantasma materno inscribe este nacimiento en un contexto de adversidad y fuera de toda dimensión humana. Vía paterna, Ignacio porta el nombre de un tío fallecido próximo a su nacimiento. Este nombre había quedado “vacante” según manifiesta el padre y estaba a la espera de ser “encarnado” por el niño.

Comienza el tratamiento en el dispositivo, donde se confirma el diagnóstico de autismo y la transferencia oficia de guía para intervenir sin generar sentimientos de intrusión ni de mayor aislamiento que impidan maniobrar en relación con él y su espacio. Al no producirse este primer alojamiento fundante, el niño sufre serias dificultades para ingresar en instituciones escolares y permanece “boyando” por pasillos sin ingresar.

1. Espacio y tiempo: El marco delimita el espacio.

La demarcación del tiempo y el espacio tiene valor significante para Ignacio. Si el analista no está en el consultorio en el momento de su llegada, si no hay coincidencia en tiempo y espacio, el efecto que se produce es que “*no hay lugar*” para la sesión y por lo tanto no se constituye el espacio analítico. Puede entrar unos minutos al consultorio pero inmediatamente se va diciendo: “*ya está, ya fue*”. Las coordenadas témporo-espaciales no



alcanzan a instituir una atmósfera que lo aloje, no puede permanecer, por lo tanto no hay lugar para la sesión ni tampoco para él. Queda reforzado el “*ya está, ya fue*”. No hay entrada ni salida y se sanciona el desencuentro.

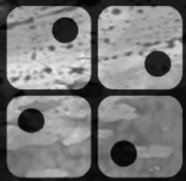
De aquí la importancia de construir un espacio para situar los recorridos, que haya un adentro y un afuera, que no quede *boyando* por la institución y se constituya un lugar de alojamiento, construcción del espacio analítico. Sabemos que el marco delimita el espacio que es necesario para constituir una realidad y permanecer.

Ignacio se conecta al mundo a través de los objetos. Su adhesión a un primer objeto que llevó al tratamiento, un rompecabezas, se constituyó en su objeto autístico por excelencia.

En otros momentos del tratamiento se interesa por una muñeca grande de trapo a la cual arranca trenzas, ojos, botones, realizando un trabajo de vaciado y extracción del interior de la misma al estilo maníaco. Esto se repetía varias veces durante la sesión y en cada encuentro semanal. Fue necesaria la intervención del analista para discontinuar la acción y poniéndole un tope a la *iteración* le propone rellenar y coser el contenido de la muñeca para que algo pueda permanecer.

Más adelante, para Ignacio los trenes se constituyeron en su objeto de interés que durante años organizaron su vida e imprimieron una rutina en sus recorridos diarios de la casa al Centro de Salud acompañado por sus padres. Con frecuencia repetía la palabra tren en las sesiones e intentaba reproducir el sonido de la máquina, dibujar los vagones en el pizarrón y en el piso, armar vías y circuitos de desplazamiento. Con el tren, él va trabajando los espacios. Por ejemplo, a partir de una serie de sillas del consultorio que hacen de vagones y de máquina, le aporta sonoridad y realiza con la analista un juego de extracciones y sustituciones permanentes. Así va delimitando espacios, recortándolos, experimentando.

Finalmente, ya adolescente intenta escribir los nombres de las estaciones que él recorre todos los días en tren, realizando un trabajo singular remarcando y bordeando las letras tratando de



ajustarlas a la imagen mental que de ellas tiene. Si éstas no coinciden, las borra y las vuelve a hacer. Este trabajo de marcar los trayectos y localizarlos, se constituye en signo inmutable que le permite en la actualidad viajar solo, ir y venir de su casa a la institución por su propia iniciativa.

La escritura de nombres propios, tomados de sus compañeros de escuela, operan también como imágenes fijas y donde él se divierte alterando el orden de las letras produciendo permutaciones, sustracciones y adiciones de esas letras. Por ejemplo, cuando escribe Fercundo por Facundo, Toas por Tobías. Se los hace leer a la analista, se ríe de sus errores como burlándose de ella y a continuación tacha el nombre escribiéndolo correctamente. Busca servirse de la inmutabilidad de los números y letras como forma singular que encuentra de garantizar ciertas rutinas.

La contingencia en su historia produce un doble desalojo: vía paterna, por llevar el nombre de un tío fallecido quedando así en el lugar del muerto, y vía materna, en un lugar deshumanizante.

El tratamiento le permite ir construyendo un lugar de alojamiento a través del trabajo con las coordenadas témporo-espaciales. Un día, al ser llamado por su nombre Ignacio, responde enojado: "*¡Ignacio no! Nacho*". A partir de ese momento el dispositivo se constituye como el lugar que él recorta para ser llamado de forma diferente, singular: "*Nacho*".

"*¡Ignacio no! Nacho*" remite en primera instancia a una negación y este *no* tiene sus antecedentes:

El primer *no* que el niño pone en juego en el tratamiento es un "*no automático*", signo que repite como eco del discurso materno que lo desencadena produciendo pasajes al acto como pegarse o golpearse la cabeza contra la pared.

Luego aparece el “*no subjetivado*” de la iniciativa y el dominio-control. Signo para evitar el encuentro angustiante y la demanda del Otro. Quizás también como forma de recortarse del goce del Otro paterno. Por ejemplo, cuando responde *no* ante la propuesta de participar en algún taller o realizar la actividad que la consigna establece.

Finalmente el *no* en la frase: “*¡Ignacio no! Nacho*” remite al pasaje de Ignacio a Nacho y se trata de un desplazamiento metonímico, ya que en el sobrenombre se mantiene la conexión con el nombre. Esta nueva forma de nombrarse le proporciona un “lugar diferente” que le permite recortarse del nombre familiar que porta el goce del Otro paterno.

2. El lugar y el lazo

La frase “*¡Ignacio no!*” entendemos que alude al tío muerto. Al tacharse del lado del muerto, Ignacio produce un desplazamiento metonímico de su nombre hacia otro lugar. Un lugar y por lo tanto una posibilidad de *permanecer* y asentarse. Recordemos la historia de su nombre: él mismo viene de un “no lugar” en el fantasma materno y del “lugar del muerto” por la vía paterna.

El eje del tratamiento en los primeros momentos se armó a partir de los juegos de arrojar y extraer en el espacio, coser para conservar y de la escritura de los nombres, lo cual le permite armar trayectos, puntos de recorrido y permanencia sostenidos con dibujos y nombres.

Jacques Alain Miller en *El Lugar y El Lazo* afirma que el *sitio* es una inscripción dentro del *lugar*. Vemos entonces cómo a Nacho el tratamiento le permitió construir y armar un lugar para luego darse un nombre marcando *sitio*. Por ejemplo, ya no rechaza los signos de la presencia del otro, llama a su analista y la convoca para hablar. Puede tolerar la voz y la mirada. Entonces el sitio se inscribe dentro del lugar y de acá puede pasar al nombre.

Si bien Nacho es un sobrenombre, consideramos que opera como nombre propio en tanto señala el sitio del sujeto. Nombrándose Nacho se *re-bautiza*, corriéndose de ese “no lugar”

de venir a colmar el lugar vacante del muerto. Y con este *auto-bautismo*, realiza un movimiento respecto del fantasma parental que lo mantenía apresado.

lauradagostinorudich@hotmail.com

Referencias bibliográficas:

- Ansermet F, La cuestión del sujeto en el psicoanálisis del autismo, (1997) *Debates e Informes .Revista de la Asociación especializada en Neuropsiquiatría*. Vol. XVII, N° 63. pp. 525-529, Madrid.
- Cazenave L., El escrito en el autismo. *Presentación de enfermos realizada en el hospital de día la cigarra del Centro de Salud N° 1*, CABA, 2012. Inédito.
- Maleval J.C., *El Autista y su voz*, 2009, Ed. Gredos, Madrid
- Miller J.A, La tentación del psicoanalista, *El lugar y el lazo*, 2013, Bs. As., Paidós
- Miller J.A., La matriz del tratamiento del niño lobo: La transformación operada por el tratamiento, *Estudios sobre el Autismo*, 2014, Colección Diva, Buenos Aires.
- Rey-Flaud Henri, *L'enfant qui s'est arrêté au seuil du langage*, 2012, Ed. Aubier

Solución minion: armadura para el cuerpo de un niño autista

Florencia Fiorentino

A partir del tratamiento de un niño autista y la solución alcanzada por él al dibujar una imagen privilegiada, me propongo interrogar el estatuto que tiene esa producción en el armado del cuerpo y en su modo de relación con el mundo.

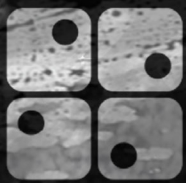
En el caso del autismo, el ser no ha alcanzado a representarse en la palabra, lo que implica que la pérdida de goce concomitante y el lugar en el Otro donde anotarla como falta, no acontece. Sin embargo, se trata de un sujeto de lenguaje en tanto fue hablado y tomado en los significantes del Otro.

El Otro, en este caso, se presenta de modo masivo y real, no habiendo Otro de la imagen, Otro de la palabra a quien interrogar, pues donde cabría una falta hay lleno. Me pregunto ¿cómo construir un lugar habitable cuando la discontinuidad de lo simbólico no recorta lo real? ¿Cómo es posible para el sujeto autista arreglárselas con eso que porta como viviente y filtrar el goce de la vida sin el aparato de cifrado que ordene el sin sentido de la lengua? Por último ¿qué recorrido pulsional sería posible sin la experiencia de la falta en el Otro en la que ir a buscar el objeto?

El recorrido clínico con este niño permite dar cuenta de una serie de movimientos que dieron lugar a otro modo de lazo y un uso particular del cuerpo que me interesa poner al trabajo. Y confirman la apuesta analítica lacaniana de que a los autistas *“hay algo para decirles”* algo por lo cual dirigimos a sostener esta clínica tan particular.

1. Del pegado de cuerpos al armado del borde

Sergio es un niño de 11 años a quien atiendo desde los 4. Llega al centro de salud luego de varios estudios que descartan un problema auditivo y derivan a tratamiento psicológico.



Sergio se presenta de un modo singular con el cuerpo en el espacio: *se mueve pegado al cuerpo de su hermana (18 años mayor que él) con un bloque de madera que no suelta* hasta avanzadas las entrevistas. Ella habla y él responde corporalmente a lo que esa voz solicita (si le pide que entre entra, si le dice que se siente lo hace) en una presencia cuerpo a cuerpo que sólo es incómoda para mí: se besan con piquitos, se acarician y se tocan muy pegados. S. no se dirige a mí de ninguna manera, lo perturba mi presencia, no habla pero cuenta con pocos sonidos, no sostiene la mirada más que sobre su bloquecito bien cerca de los ojos, no responde al llamado de su nombre. Alterna entre estar encima de su hermana o desparramado en el piso con el bloque de madera que sigue con la vista.

Ante los fallidos intentos de ingresar en esa holofraseada yuxtaposición de cuerpos, intervengo: cada sesión trazo con tiza una línea en el piso dividiendo el espacio: de un lado él y la hermana, del otro los juguetes y yo. Y me pongo a conversar con la hermana evitando que el niño sea el foco de nuestra atención. Ese cambio en mi posición y la transferencia de su hermana a mis intervenciones posibilitó que, con el tiempo, Sergio comenzara a desplazarse por el lugar y tomando los bloques de plástico arme filas sobre el borde de un banco hasta llegar al límite real. Toma autos que desplaza hasta quedar él y yo en el mismo espacio y los pega haciendo de dos, uno. Todo lo que hace diferencia alterando su reducido mundo, lo rechaza o ingresa adherido a la única superficie posible. A nivel sonoro, lo mismo: si yo emitía sonidos de bocina o motores, él los reproducía ecolálicamente, casi sin distancia.

Con el tiempo la marca de la tiza que Sergio mira de reojo, la uso también para bordear en el piso los juguetes e invito a la hermana —en cada sesión— a reducir su lugar hasta quedar en un rincón mirando a la pared. El bloquecito queda perdido entre los del banco que bordea cada vez.

Leer los efectos. La incomodidad que me mueve a intervenir en dirección a una separación, abre un vacío que agujerea el continuo espacial *Sergio-hermana* y aparecen los cuerpos, el espacio y los objetos. La intervención no recae directamente sobre el niño, él se soportaba de ese cuerpo en el que estaba metido o del bloquecito duro para evitar la caída en el sin forma

y sin medida de lo real. ¿Cómo sustraerle el único bloque corporal con el que contaba en ese momento?

La presencia de mi cuerpo (restando voz y mirada) produce una discontinuidad en el espacio compacto del ser, manifiesto en su necesidad de defenderse de lo imprevisible y arbitrario que le resulta el mundo. Tirar los bloques cuando me acercaba demasiado, pegarse más al cuerpo de la hermana, aislarse, modos con los que intenta dar solución a esa falta de escondite donde se percibe todo mirado - todo hablado. Mi presencia operando allí ¿puede pensarse como un lugar del no (no todo visto-no todo oído)? (¿un modo de perturbar la defensa?).

Sergio construye un borde para ordenar y separar el caos de sensaciones y percepciones de su mundo, con objetos que toma de este nuevo espacio abierto para él. Ahora cuenta con más de un bloque en el que el otro puede tener lugar mientras él -en tanto amo de su defensa- indique por dónde seguir construyendo.

2. Desplazamientos. Hacer uso del cuerpo de la analista

Perdido el bloquecito, la caída libre de los objetos cobró relevancia: entraba con su hermana y se ponía a vaciar un canasto repleto de juguetes, tomaba de a uno y lanzaba hacia arriba, mirando como caía. Le propongo lanzar un auto por la baranda de una escalera *afuera* del consultorio: yo desde abajo –con expresiones de entusiasmo o decepción cuando lo atrapaba o lo perdía de vista; y él desde arriba, arrojaba. Sergio comenzó a sonreír. Ingresó el conteo antes de tirar el auto (1, 2, *tes*), la espera de su turno atento a mi indicación (ahora vos, ahora yo). Cobra existencia un lugar donde dirigir y lanzar y Sergio, como el auto, va y viene.

Este fue el inicio de un amplio itinerario por el centro de salud en el que consintió a tomarse de mi cuerpo para recorrer diferentes espacios mientras su hermana permanecía adentro. *Haciendo camino al andar*...él descubría las dimensiones y transitaba esa experiencia soportado de mi voz que nombraba lugares y que él reproducía, mi mirada al abrir y cerrar puertas que luego él tocaba, la mano que tomaba y soltaba para acercarse y alejarse.

Sergio da cuenta de la existencia de otro significativo para él cuando expresa las primeras palabras y sonidos tomados del análisis: tes, hola, tau, chucuchu, pipí...Sergio ¿empezó a escuchar otra cosa que no sea a él mismo?

Un primer llamado. Dos momentos posibilitaron que accediera a entrar solo. El primero fue en un encuentro con la mamá en el que él descubre un muñeco vestido de papá Noel y lo nombra espontáneamente “*papá*”. En continuidad su madre corrige: “*papáNoel*”. Y sanciona: “*no, él dijo papá*”. Ella queda en silencio dando cuenta de lo escuchado.

La palabra *papá* opera una separación del goce materno para el niño, haciendo escansión en el imperativo de la voz del Otro. Y del lado materno, pone en cuestión la imposibilidad de escucharlo enunciada por ella al inicio del tratamiento: “*yo estaba siempre ahí, no lo dejaba llorar. Al año y medio me di cuenta que no hablaba y creo que yo lo volvía loco, no lo quería escuchar*”.

El segundo momento ocurre un día en que me encontraba lo suficientemente distraída y que -luego de haberse retirado- Sergio me sorprende al llamarme por mi nombre: “*chau foencia*”. Mi emoción fue tan grande que volví a saludarlo buscando que se repita el encuentro, que devino en una cantinela de saludos al finalizar las sesiones.

El *no* escuchado por la madre y la distracción de la analista, operaciones de separación que habilitan la existencia de una falta para este niño y, como consecuencia él consiente a un primer llamado. El llamado es la posibilidad de alienarse al campo de lo humano en tanto campo de palabra. Lo que hace que el sujeto se haga dependiente de otro que satisfaga sus necesidades, otro humano, deseante, que aloje un lugar *sentido* para él.

Sergio produjo un primer llamado en el análisis que efectúa nuevos movimientos en su relación con los padres y con el mundo: amplía su campo de palabras; comienza a convocar al papá cuando no lo ve y también con la madre, frente a la falta de algo que solicita aparecen crisis que logran regularse y donde ella empieza a acompañarlo.

3. Dibujar los bordes del cuerpo

Como efecto del lugar creado por “*papá*” y el llamado a la analista Sergio ingresa solo.

Al finalizar las sesiones mete juguetes en su mochila. Ante mis indicaciones para que seleccione alguno, no recorta. Con el tiempo leí que los finales de sesión implicaban el encuentro con una ausencia que al no estar enmarcada simbólicamente se vivencia como desaparición; a la manera de Dick cuando coloca todo su cuerpo obturando el agujero entre las puertas del consultorio de Melanie Klein, Sergio se servía de objetos que metía en el espacio de su mochila con los que taponar el agujero que abría concluir la sesión. Del forcejeo inicial impidiendo que se lleve todos, se armó una dinámica contable donde él llevaba y traía (1, 2 o 3), donde irse (ausencia) y volver (presencia) se sostenían a condición del movimiento con el objeto que él cargaba. Como un modo de anotar lo que llevaba, yo escribí cartas en mi cuaderno al Director del hospital informando qué objetos faltarían, notas que él firmaba con un grafismo que imitaba una escritura. En las ocasiones en que mi presencia se tornaba excesiva para él, también me serví del cuaderno para hacer anotaciones y direccionarme hacia otro lugar. Pero ahora, de ese uso se servía el niño: solicita que anotemos letras o números que lo convocaban conjuntamente con su ingreso a la primaria. Se interesó por la firma de las cartas, como por la copia de los juguetes que llevaba: bordeaba en el cuaderno la forma del juguete elegido por él, lo separaba y nombrando cada parte primero yo y luego él, completaba la figura por dentro para finalizar colocándole un nombre. De este modo, Sergio empieza a conectar una imagen a una palabra, de manera unívoca, incorpora a su abecedario de objetos palabras que no buscan representarlo, sino que producen el objeto al escribirlo y nombrarlo. (Elefante: elefante, pelota: pelota). Construye un mundo de signos con los que manejarse en el mundo. Haciendo uso de una superficie externa al cuerpo, arma las partes del cuerpo en el cuaderno que opera como marco para bordear la figura y recortarla cada vez. La serie de superhéroes ingresa al marco abriendo lugar a nuevos juguetes que traía de su casa para, en palabras de Sergio, “copiar igual”. Significativamente *todos los que selecciona llevan antifaces o algún objeto que rodea los ojos*. La identidad de la imagen es una condición de trabajo.

4. Armadura Minion.

En esta serie Sergio presenta el álbum de los minions: personajes de película que hablan una lengua mezcla de inglés, francés y castellano que se entiende más por el tono que por el sentido. Casi iguales entre sí, de cuerpo esférico, todos uniformados, tienen uno o dos ojos cubiertos por un anteojito-binocular. Y trabajan como obreros para un villano.

Las imágenes resultan divertidas para Sergio y para mí principalmente por los gestos graciosos de estos personajes: se ríen mucho, hacen chistes entre sí, están felices si encuentran un amo a quien responder, haciendo del deseo del villano su condición, ya que si eso no ocurre su energía decae.

El dibujo que Sergio alcanza a reproducir de manera muy precisa se instaló como una especie de “marketingminion”: dibujos, stickers, cuadros grandes, medianos y chicos para regalar o colgar en los consultorios del hospital.

En este marco, propone hacer una remera con un minion para él. *Dibuja la parte de adelante y solicita también dibujar la parte de atrás*, entre los dos la pintamos y como con todos los dibujos le propongo firmarla. Al colocársela sobre el cuerpo lo miro -contenta y orgullosa por su obra- y él dice con entusiasmo: “Soy un Minion!!”, frase que autentifico afirmando: “Sergio Capitán Minion, ese puede ser tu nuevo nombre”.

A partir de este momento se inaugura en este niño-minion una manera de hacer con el cuerpo que lo moviliza y alivia en tanto viste una forma posible. Sergio se pasea con su obra por el centro de salud mostrando su producción, sonriente y vital. Comienza a firmar los dibujos con las iniciales de su nombre y apellido paterno y agrega la M de Minion adquirida en el análisis.

A modo de conclusión

Sergio produce distintos recursos que arman una solución para habitar el cuerpo: dibujar minions. Tomaré dos acepciones de la palabra armadura para pensar la funcionalidad de la solución alcanzada.

En música: conjunto de sostenidos en una determinada posición en el pentagrama, que indican la tonalidad de la composición: *armadura de un sostenido indica que la tonalidad es*

sol mayor.

En electricidad: sistema de dos conductores separados que sirve para almacenar energía eléctrica. Un condensador.

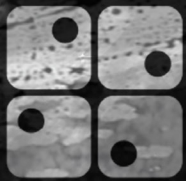
Armadura Minion ordena las piezas en el cuadro que Sergio dibuja cada vez. A la manera del pentagrama, ubica lugares mientras contornea los bordes que separan las partes y da forma a las partes. El cuerpo de Sergio encuentra una limitación y se enmarca, en presencia del dibujo del minion y de la analista que sostiene y acompaña, a veces con la voz, a veces con el silencio, indicando el tono, modulando.

A la manera del condensador, la armadura opera como lugar de localización y distribución. Arma la imagen de un doble real del sujeto desviando el goce fuera del cuerpo y -a tiempo que toma de esa imagen la forma y el gesto- el sujeto se vivifica. Se procura así un sitio y una dirección pulsional donde la animación libidinal de su ser tiene lugar: se divierte, se ríe, juega, a la manera minion. Vitalización del cuerpo que antes no estaba y que ahora media entre los afectos: estar enojado-aburrido y ya no sumergido o caído. *“Los minions me sacan el enojo, cuando no me dejan dibujar me aburro”.*

Armadura Minion, a la manera del signo, habilita el afecto posibilitando nombrar algunos y dejar afuera otros, de manera unívoca. Sergio se enlaza a la cultura a partir de esta armadura que separa su mundo de los otros. Es de destacar que el minion ingresa en el análisis al momento en que el niño participa del dispositivo de talleres con otros semejantes y la utiliza para estar en ellos, sirviéndose de la solución alcanzada cada vez que lo necesita.

Minion otorga una ubicación del ser en una imagen real que funciona como doble del sujeto cada vez que *se* dibuja, aunque no alcanza a fijarse. En las ocasiones en que aparece un nuevo Minion en la cultura Sergio necesita de ese objeto para copiarlo, cada nueva modificación, cada nuevo gesto requiere la presencia concreta para ser reproducida.

Armadura Minion se propone como solución para ordenar el mundo (antes caótico) de manera metódica, taponando la hiancia que abre la equivocidad del lenguaje. En este sentido, el minion en tanto doble real es una elección del sujeto de una imagen amable y familiar, en



entreUnos.

tanto pacífica del exilio subjetivo de vivir en lo real y pone a distancia la extrañeza que produce el imprevisto ocasionado por el malentendido.

En este punto, la limitación de la solución alcanzada interroga respecto de los alcances de dicha actividad frente al encuentro con lo contingente. Respuesta que no puedo anticipar y que como tantas otras preguntas quedarán abiertas para seguir trabajando con el curso de los años.

fllor14@hotmail.com

Surcos de una nominación.

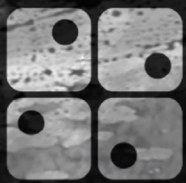
Martina Cicchetti

La clínica con el autismo y las psicosis nos ubica muchas veces en los límites de nuestra práctica. Lacan nos advierte sobre la docilidad con la que debiéramos actuar en el encuentro con un sujeto psicótico, aunque también podría pensarse en la clínica del autismo. ¿Dócil a qué? a la invención del sujeto. La posibilidad de entablar un diálogo con estos sujetos está condicionada a que el analista sea dócil a su manera de habitar el lenguaje, hacer lugar a lo que el parletre trae. Pero ¿no es acaso desde la ética psicoanalítica, ética por lo singular, que cualquier análisis traería consigo cierta docilidad? ¿O acaso no hay que ser respetuoso con los síntomas que los sujetos neuróticos traen a su análisis? Volviendo a la clínica del autismo, una pregunta precipita ¿Cómo hacerse destinatario de lo que el sujeto autista presenta? ¿Cómo pasar de lo no especificado, de la repetición del autismo, a la posibilidad de un encuentro? La apuesta aquí es a construir un momento, un encuentro cada vez.

Intentaré transmitir tres momentos en el transcurso del recorrido de un análisis de un sujeto autista en el que fue necesario la intervención del dispositivo de *la cigarra*, soportado y encarnado en la presencia de un analista, para poner en función al tercero, tercero ortopédico, artificial, ajeno, negado por su propia estructura subjetiva. Función que ha posibilitado la escucha de la invención para este sujeto.

Auxilios

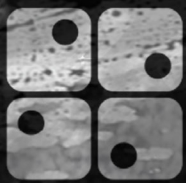
En la primera entrevista la madre dice que I. “tardó un poco más en caminar, lo hizo a los 2 años y medio, él quería salir a explorar. Hace algunos sonidos”, y agrega: “él desafía, toca lo que le decís que no”. I. no habla. Un mutismo que da cuenta del modo radical y singular del sujeto para habitar una palabra que es rechazo a toda enunciación.



Los primeros encuentros con I. se caracterizaron por dos momentos bien diferenciados, uno de extrema fijeza, podía quedarse horas mirando como dos operarios pintaban el centro de salud, acompañado por su analista o su madre, en ese punto era lo mismo. Y otros en el que lo fijo pareciera ser el movimiento. Recorría una y otra vez toda la institución, sin poder recortar un recorrido, sin ubicar una búsqueda, o un encuentro, puro movimiento. Sin bordes, pura repetición del Uno. Aunque era un movimiento con su analista, en presencia, cada vez recorrimos el centro de salud.

Transferencialmente el decir de la madre toma una presencia absoluta. Al terminar la sesión y ante la negativa del analista de poder llevarse un objeto de la cigarra (cabe destacar que era un objeto imposible de llevar) I. cae al piso, gritando, pataleando, golpeándose contra el suelo, al punto tal de lastimarse. La intervención de un segundo analista (tercero en la escena) permitió a I. restituir, al menos por un momento, a un tercero que ordene el mundo, ya no caía en un agujero que parecía no encontrar final. I. focaliza la mirada en alguien, pudo sentarse, tranquilarse e irse caminando. ¿Cede la mirada?

Una entrevista con el padre pone en manifiesto el trabajo de I., dice: “la abuela decía que era muy vivo, él tenía ritos con ella, como sentarse a tomar el té. Mi padre era constructor, I. tiene habilidad manual”. Cabe destacar que en ese momento I. desarmaba todo lo que veía en la cigarra: tapas de luz, caños de desagote en la cocina, mochilas de inodoro, descolgaba pizarrones, etc. Las intervenciones estaban plagadas de no, al tipo de “eso no se puede”. A veces dejaba de hacerlo como si operase el no pero inmediatamente después iba hacia otra actividad que no podía, y así se producía un recorrido por los no. En el seminario *Deseo del analista. Autismo y psicosis*, Ricardo Seijas nos advierte que la intervención de un no desde la posición del analista implica la aceptación de su rechazo, orientado por el deseo del analista. “El analista ofrece un deseo claro, que ‘no quiere gozar del otro’, una manera es aceptando el no del paciente, pero sin dejar de insistir en marcar una diferencia cada vez. Produciendo una insistencia de las intervenciones más allá de las respuestas del sujeto”. El rechazo como respuesta subjetiva. Aunque en ese momento buscaba que no desarme todo el centro de salud en su recorrido era necesario una mediación entre los objetos y el goce-todo



que invadía los recorridos. En un circuito metonímico que permita la construcción de bordes, o al menos esa era la apuesta.

Ahora bien, ¿cómo poner límite al monólogo autista del goce? Lacan en el seminario 19 "...o peor" propone la solución de la interpretación y dice: "no hay diálogo, pero ese no hay diálogo tiene su límite en la interpretación, por donde se asegura lo real". La interpretación analítica establece un límite, dice Miller, en la medida en que ella toca un real. Lo único que pone orden en ésta semántica absoluta, a la soledad del goce, es ser captado por un discurso, esto es, como dice Lacan, en un lazo social. Toda la cuestión es saber por qué el paciente acepta un día la puesta en escena y se da vuelta aceptando la propuesta insistente del analista. Insondable decisión del ser quizá, pero aquí se invierten las posiciones y se ubica el encuentro, o sea: "la ilusión de que algo no sólo se articula sino que se inscribe" (Miller, J.A. 2004, p. 146).

Momento 2

Su recorrido no terminaba en la sesión, sino que luego de irse de *la cigarra* se dirigía junto con su mamá a la estación de servicio de al lado a tomar y comer algo. Siempre igual. Un día la madre le dice "hoy no vamos a la Esso", I. insiste en ir, la empuja. Su madre continúa negándose. I. nuevamente cae al piso, gritando, pataleando, golpeándose. Su analista se acerca pero nada se modifica. Fue necesaria la intervención de otro analista de la institución para volver a restituir algún marco que le permita ¿tranquilizarse? Vuelve a fijar la mirada se levanta y puede irse.

Como consecuencia de un control puedo extraer la advertencia no dejar de escuchar a un padre como un sujeto. La madre comienza con un incesante envío de mensajes de texto, informando si llegaban tarde, por qué se atrasaban, si tenía alguna dificultad con el marido, algunos era verdaderamente muy extensos, otros tenían una carga emocional elevada. Ante lo cual la intervención era citarla para hablar de ello. Pero los encuentros quedaban plasmados en una cierta chatura discursiva. Me pregunto: ¿funcionan estos mensajes de texto, el celular, como aparatos, artificios que regulan cierto encuentro con el otro?

En la última sesión antes de las vacaciones del analista I. utiliza, por primera vez, una tiza para escribir. I. escribe en el pizarrón. Mi asombro no me dejó ver en ese momento la escritura de esos trazos, tuve que alejar la vista para leer la palabra INA, anagrama de su propio nombre. Eureka! Cuánto mejor que la reproducción lineal, al modo ecológico de su nombre, es su propia producción que escribe. El sujeto se deja ver. En este punto cabe destacar mi equívoco que insistía una y otra vez. Su nombre es IHAN y yo escribía, siempre, IAN. Nominación que precipita un agujero. Un decir que nombra. Allí donde Ian no es Ihan pero estableciendo un orden de relación, una cesión en transferencia.

Después de las vacaciones. I. trae producciones escritas, dibujos, muchos. Dice la madre, “esto lo hizo él”, y muestra un dibujo de una figura tipo palito, y continúa diciendo “la ropa la agregue yo”. Ambos parecen producir. A partir de ese momento se instala el lenguaje de señas como una solución a su soledad. Empieza a señalar todo lo que quiere. Pide. Hay un otro al cual dirigirse. Ahora saluda cuando se va.

A partir de ahí se inaugura un nuevo tiempo de análisis. I. dibuja, muchas veces tomando mi mano como soporte. Su mano agarra la mía y desde allí hace figuras, casas, líneas, colorea. Y ante la pregunta ¿quién lo hizo? I. escribe siempre IAN. Apoyado en el espejo del semejante es posible una función de doble en transferencia, no como cuerpo de enunciados sino como cuerpo viviente, un lugar donde poder localizar el goce del sujeto. Se produce un tratamiento del goce mediante el rodeo del doble. Un doble pacificador, que no se impone, que no es una máquina de influenciar. Aunque su límite no permite anudar el lenguaje con el goce, como representación simbólica, apenas puntos de referencia imaginaria.

La elaboración del doble es la consecuencia y al mismo tiempo permite la construcción de un borde capaz de localizar el goce que se repite sin fin.

Un tercer momento inaugurado por una nominación

Cada tanto aparecía, como insistencia del padre, que I. necesitaba recibir otro tipo de abordaje tanto en lo escolar como en su tratamiento. De un día para el otro a I. lo sacan de su escuela y se puede escuchar que quieren que deje de venir a *la cigarra* para ir a un centro educativo

terapéutico que les brinde el combo. En esta coyuntura subjetiva un día, luego de su consulta psiquiátrica, y ante la negativa de llevarse un objeto (un cuadro enorme con vidrio incluido) del consultorio, I. nuevamente entra en ese estado de cólera, ira y angustia. Interviene su analista, lo acompaña. I. puede focalizar su mirada en ella, me toma de la mano y me lleva al consultorio en el que habitualmente busca trabajar. Ahora si hay un recorrido y un lugar al cual dirigirse.

Eric Laurent en “La batalla del autismo” se pregunta sobre cómo lograr ser un nuevo partenaire para el sujeto autista, que le permita desprenderse de su estado de repliegue homeostático en el cuerpo encapsulado sin que el sujeto entre en crisis por ello. Da una idea de respuesta: el de ser un soporte de un objeto, como una horma dice, un objeto que adapta una forma y le da forma al sujeto, fuera de toda reciprocidad imaginaria y sin la función de la interlocución simbólica. Una extracción sin efecto de significación.

Es a partir de la inclusión y la puesta en función del dispositivo clínico *la cigarra* que ha sido posible un tratamiento para este sujeto. A partir de un tercero que operó en lo real, allí donde en un comienzo analista/madre quedaban en el mismo estatuto, allí donde no se producía un corte, una diferencia. Fue en el control, en los recorridos, en las intervenciones, donde se sostuvo su imagen corporal no *unificada*, el lugar donde pudo ceder la escritura de un nombre posible que oriente la dirección de la cura.

martinaci@hotmail.com

Referencias bibliográficas

- Lacan, J. [1964] El seminario, Libro 1, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 2011, Paidós, Bs. As.
- Lacan, J. [1971] El Seminario, Libro 19, o peor..., 2012, Paidós, Bs. As.
- Miller, J.A., La psicosis ordinaria, 2004, Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Lo colectivo